# ALFONSO DE LAMARTINE.

## ESTUDIO LITERARIO.

Las veladas de nuestra Sociedad se han suspendido, como de costumbre, en estos dos últimos meses, para continuarlas en los primeros del entrante. Los trabajos extraordinarios con que se dá termino á las tareas escolares, y el descanso que á aquellos sucede durante las vacaciones, justifican esta juiciosa determinacion de nuestra Junta Directiva.

No tenemos, pues, velada de que dar cuenta á nuestros lectores en este número, y para llenar este vacío, y con el objeto de que no carezcan aquellos de una noticia completa de los trabajos literarios de nuestros socios, vamos á ocuparnos, aunque tarde, de la conversación del Sr. Delgado, dada en una de las veladas del año anterior. Bien

humildes y modestas son, sin duda alguna las producciones de los miembros de la sección literaria de la Sociedad "Sánchez Oropesa," pero ellas forman una serie de estudios que debemos ofrecer completa á nuestros lectores, al terminar con este número el tomo tercero de nuestro "Boletín." El Sr. Delgado, que ha tomado como asunto de sus conversaciones literarias el estudio de los poetas líricos más notables de nuestro siglo, según han podido verlo los lectores de este "Boletín" en algunas de las crónicas de las veladas mensuales, y que bajo este concepto ha hablado de Leopardi, Núñez de Arce, y aun de algunos poetas mejicanos, no podía olvidar al autor de las *Meditaciones* y de las *Harmonias*, y según se nos ha informado, porque nosotros no tuvimos el gusto de escucharle, su conversación acerca de este poeta, ha sido una de las más instructivas y de las más agradables.

Desgraciadamente no se publicó á su tiempo el resumen de ella, con la confianza de que más tarde el autor la escribiría, y se publicaría *in extenso*. Pero como sus muchas ocupaciones se lo han inpedido, vamos nosotros, en cuanto nos es posible, á llenar este vacío.

El nombre de Lamartine evoca para el



autor de estas líneas los más gratos y más durables recuerdos. Hoy que vivimos tan de prisa que basta una docena de años para cambiar, no ya la faz política de las naciones, haciendo caer un trono y levantar sobre sus ruinas una república, sino también para ver nacer nuevas teorías científicas, nuevas doctrinas literarias, abandonando las que poco antes eran proclamadas como la forma definitiva de la expresión del pensamiento humano, no debe parecer extraño que el nombre de Lamartine, circuido de una aureola de gloria, y tantas veces repetido en son de alabanza entre nosotros hace unos cuantos años, haya caído en olvido. En su misma patria hay quien á tan egregio escritor considere como un poeta *inofensivo*, propio para deleitar los ocios, y llenar de vago sentimentalismo la cabeza de las pensionistas de un Colegio de Señoritas.

Cuado éramos jóvenes, casi niños, en Méjico el nombre de Lamartine andaba en boca de todos nuestros poetas, quienes se empeñaban en imitarle y en traducir sus más hermosas composiciones; nuestros oradores solían tomar por epígrafe de sus discursos, algunas de esas bellas frases en que se desbordan los sentimientos de una alma noble y generosa, que tanto abundan en la *Historia de*

*los Girondinos;* y nuestras jóvenes sentimentales soñaban en adoradores tan ardientes y apasionados como Rafael, en amores tan castos é ideales como los de Graziela. En los días presentes, sólo los aficionados á las letras estudian las obras de este poeta, para darse cuenta de las revoluciones que los tiempos traen consigo en la región de las ideas y de los sentimientos, como estudia el anticuario las ruinas de los edificios destruidos, para formar la historia de las generaciones pasadas. Hemos dado en decir que hoy pensamos y sentimos de otra manera diferente de cómo pensaban y sentían nuestros padres y de cómo nosotros mismos pensábamos y sentíamos en nuestra juventud; y lo singular es que á fuerza de repetirlo vamos logrando que salga verdadero lo que afirmamos.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Lamartine fué y será un gran poeta. Nacido el 21 de Octubre de 1791, y educado por una madre de singular talento y de sentimientos sinceramente religiosos, á cuya memoria tributó durante toda su vida un culto tierno y respetuoso, pasó los días de su infancia en los tiempos agitados que siguieron inmediatamente á la Revolución francesa. Frescas aún las impresiones que habían dejado en los ánimos los sangrientos espectáculos



de la época; testigo presencial de las ruinas materiales y morales que amontonó á su paso el terrible huracán revolucionario; su imaginación, de suyo impresionable, y su corazón por demás sensible y generoso, tuvieron materia abundante, aquélla para desarrollarse, y éste para extender su amor con una indulgencia que algunos tachan de culpable, sobre todo los errores y todos los extravíos, cuando había en ellos algo que se asemejara á la grandeza. Educado en el culto de la Religión y de la Monarquía, amó el pasado por la belleza de los recuerdos y de los infortunios; pero seducido también por los atractivos de la libertad, y la grandeza de los sacrificios que ella exije de los que quieren conquistarla, amó también al pueblo, y saludó el advenimiento no lejano de las democracias modernas.

No hablamos aquí de Lamartine como Historiador, ni como hombre político, por más que no ignoremos ni las inexactitudes históricas que se le atribuyen, ni las vacilaciones que se le han echado en cara. Hablamos aquí sólo del poeta, y bajo este concepto nada nos interesa que se le haya culpado de indulgente para juzgar á los hombres de la Revolución, ó de inconsecuente cuando empuñando la bandera tricolor en el *Hotel de Ville,* condenaba al mismo tiempo los

excesos de la demagogía, si en cambio, su *Historia de los Girondinos* nos ha hecho derramar abundantes lágrimas y sus proclamas al pueblo francés en el 48 nos han llenado de vivo, aunque pasajero entusiasmo.

Lamartine fué, sobre todo, el poeta del sentimiento. De él puede decirse con verdad que pensaba con el corazón y no con la cabeza; para él pensar era sentir. Cuando el libro de las *Meditaciones Poéticas* apareció por primera vez, sin nombre de autor, un grito de admiración y de simpatía se hizo oír en toda Francia, difundiéndose después como un eco en todos los países de Europa, ' Después de *El Genio del Cristianismo,* dice un crítico, (1) ningún libro había producido una impresión más viva y más profunda. La frescura de pensamientos, la pureza de los afectos, los versos tan naturales, tan abundantes y tan melodiosos que parecían nacer expontaneamente del corazón del poeta, como la flor nace de las plantas, la savia poética que circulaba en todas sus obras, encantaban á sus innumerables lectores, y eran motivo de admiración para todos los aficionados á las letras."

Pero además de esto, Lamartine, como todos los poetas líricos se hacía eco en aque-

[1] Netement. Histoire de la litterature française sous la Restauration.



llos momentos de los sentimientos y de las ideas dominantes en su patria, efectuando al mismo tiempo una revolución poética, que consistía en substituir las antiguas formas clásicas, con otras formas nuevas, elaboradas en lo más íntimo de su sér, é inspiradas por la contemplación sincera y tierna de la naturaleza.

«Las primeras poesías de Lamartine, dice el crítico á quien hemos citado poco ha, fueron el reflejo del estado moral de la sociedad francesa. Todos reconocían en aquella voz que se elevaba tan suave, tan penetrante y tan pura, el eco harmonioso de su propio corazón. Se oía á toda una generación lamentarse en esas *Meditaciones* donde la duda, ese buitre voraz de las inteligencias, ensañándose en su inmortal presa, le arranca un grito de angustia. Pero la desesperación de Lord Byron miraba á la tierra, y el desencanto de Mr. de Lamartine que interpela al poeta de Inglaterra é intenta volverle á Dios, miraba al cielo. Este hijo de los últimos días del siglo XVIII era el poeta del siglo XIX, y el Cristianismo aparecía en sus versos como el término de todas las incertidumbres y la solución de todos los problemas que atormentan á la triste humanidad. Sus cantos de dolor terminan con himnos y el excepticismo se arrodilla al

fin de sus Meditaciones, golpeándose el pecho en señal de arrepentimiento, delante de Dios.»

No es posible, cómo comprenderán nuestros lectores, en un breve artículo, escrito á la ligera, como el presente, estudiar ni el carácter general de una época, ni el desenvolvimiento del ingenio poético de quien hablamos. Basta decir que después de haber ocupado el mundo con el eco de su nombre y de haber sido el encanto de toda una generación, Lamartine, arrastrado por el exceso mismo de sus sentimientos, cayó en una vaguedad de ideas y de afectos que justamente se le ha censurado por los críticos más sensatos, aun considerando sus producciones en el punto de vista de la expresión poética y de la forma puramente literaria. ¡Triste condición humana! Los afectos más profundos y más sinceros, si se extienden demasiado, pierden en fuerza y en intensidad lo que ganan en extensión! Así sucedió á Lamartine. La contemplación de la naturaleza llegó á convertirse, en él, en un afecto vago, indeciso y no bien determinado; el sentimiento religioso degeneró en una especie de panteismo mal definido, y el amor á la humanidad, se confundió con una indulgencia casi culpable, en favor de todos los



errores y de todos los extravíos de la inteligencia humana.

Dios, el Hombre y el Mundo, serán siempre los tres grandes nombres, de la cifra misteriosa que la inteligencia se esfuerza en explicar; y la poesía, producto laborioso de la mente humana ó grito expontaneo del corazón del hombre, siempre encontrará frente de sí estos tres grandes nombres que expresan á la vez concepciones de la mente y aspiraciones del corazón. El juicio crítico de las obras de todos los poetas podría hacerse fácilmente con sólo estudiar como han expresado en sus versos las ideas y los afectos que se derivan de estas tres grandes concepciones, que son el objeto del culto y del amor de la humanidad.

Con especialidad, las poesías de Mr. de Lamartine se prestarían admirablemente para hacer este estudio interesante, dadas las tendencias de su espíritu tierno y contemplativo, agitado por tantos vientos contrarios, herido por tan crueles infortunios: pero siempre fiel al culto de la belleza y del amor. Aun en sus últimas obras poéticas, en obras que merecieron justa censura bajo otros aspectos, como el "Jocelyn" ó "La Caída de un Angel," que algunos llamaron irónicamente "La caída de Mr. de Lamartine," hay versos hermosísimos que encantan por

su ternura, encienden con el fuego de sus expresiones, y conmueven profundamente el alma, dejando en ella un sonido harmonioso, que, como eco lejano, se hace oír hasta la época en que muertas las ilusiones y marchito el corazón, vemos con tristeza acercarse el término natural de nuestra vida. Si esto se llama ser poeta, no puede dudarse que Lamartine lo fué en alto grado, mereciendo que los hombres de su época le amaran y le admiraran como el genio de la poesía francesa, cuyo cetro empuñó, bien que por breves días, para perderse después en el olvido.

Lamartine murió pobre y casi olvidado el domingo 28 de Febrero de 1869, á las diez y treinta y cinco minutos de la noche, ¡coincidencia fatídica! dice un escritor, á los veintiún años, día por día, después de aquél en que, desde lo alto del balcón del *Hotel de Ville*, había salvado á Francia de los horrores de la anarquía. Tuvo una muerte cristiana y el abate De Gurry le administró los últimos auxilios de la Iglesia Católica.

Hay en Francia, entre otros muchos, dos sitios que el viajero aficionado á las glorias literarias no dejará de visitar sin emoción. La estatua que sus paisanos levantaron á Lamartine en la plaza principal de Macon, su ciudad natal, y el sepulcro de Víctor



Hugo en la cripta del Panteón. Lamartine y Víctor Hugo fueron sin duda dos grandes poetas; ambos comenzaron siendo poetas cristianos y realistas, abandonando después sus antiguos ideales; los dos fueron en un tiempo ídolos del pueblo francés cuyas veleidades sólo pueden compararse con sus maravillosas aptitudes para dar á todo la forma y la apariencia de la belleza. Ambos, no contentos con el trono de la poesía, aspiraron á la gloria de tribunos y tomaron parte en los negocios públicos de su patria; sobre viviendo, por último, á quel y éste á la generación literaria de la que fueron maestros y guías, han tenido, no obstante, una suerte bien diferente. El uno, ya lo hemos dicho, murió casi olvidado, y el otro ha sido elevado hasta la apoteosis. Montones de coronas se encuentran depositadas en el sepulcro erigido en el panteón al *Gran Poeta*. En Macón, sólo alguno que otro viajero se detiene pensativo y meditabundo ante la estatua de Lamartine. En París hay una calle lejana que lleva su nombre y nada más.

Y sin embargo ¿cuál de los dos fué más grande? No lo decidiremos nosotros. Diremos sólo, refiriendo nuestras impresiones personales, que una de las omisiones de que nunca nos consolaremos, es no haber-

nos detenido en Macón á tributar al pié de su estatua, al *Cantor de las Meditaciones* el humilde homenaje de nuestra admiración y nuestro amor; así como también, que la emoción profunda que experimentemos al visitar la tumba de Víctor Hugo, iba mezclada con un sentimiento de amargura, al contemplar aquella gloria, no libre de las nubes de la pasión, que circuñda la del poeta. Víctor Hugo fué el Profeta que encendió el fuego de las pasiones, muchas veces del odio, en el corazón de los hombres templados para la lucha y el combate en la atmósfera agitada de las revoluciones; Lamartine fué el Bardo del amor, de las serenas regiones del pensamiento y de la poesía, cantando lo que hay de más hondo y permanente en la conciencia del hombre, el amor á Dios, á la Naturaleza y á la Humanidad.

Tales suponemos que serían los juicios emitidos pr el Sr. Delgado en la conversación suya de que hemos querido dar cuenta á nuestros lectores, ó tales son, por lo menos, los que nosotros, bajo nuestra responsabilidad personal emitimos, para llenar el vacío que se nota en este "Boletín," sintiendo que nuestros lectores, en cambio de una conferencia bien pensada y gallardamente escrita, reciban un artículo apenas meditado y lleno de imperfecciones.

# ENRIQUE PESTALOZZI.

## ESTUDIO BIOGRAFICO.